Diana Hernández Suárez
Diana Isabel Jaramillo
Sebastián Pineda Buitrago
(*Coordinadores*)

UNA FORMACIÓN FRUSTRADA: CRÍTICA LITERARIA DE LAS LITERATURAS NACIONALES HISPANOAMERICANAS DEL SIGLO XIX

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
El Colegio de San Luis A.C.
Universidad Iberoamericana Puebla
2025

Miguel Antonio Caro y sus redes académicas hispánicas entre lo nacional y lo global: la formación de la crítica a través de sus epistolarios

Santiago Pérez Zapata
(Unicervantes, Bogotá -Colombia)

Introducción

Se proponen seis asuntos de historia de las ideas y de la cultura escrita que se desarrollan gracias a una lectura atenta y detallada de una muestra representativa de los epistolarios de Miguel Antonio Caro. Lo anterior sin perder de vista el carácter de letrado especializado (filólogo y gramático) del hispanófilo bogotano y su participación en la asociación de academias correspondientes a la Real Academia Española. Esto permite formarnos una imagen más completa de M. A. Caro y su idea de crítica literaria más allá de los marcos de la historiografía nacional, con la intención de superar la visión convencional que limita sus interpretaciones a sus más conocidas obras y opúsculos ideológicos sin correlacionarlos con las ideas compartidas con sus corresponsales hispanoamericanos.

1. Los epistolarios una fuente primaria especial

Antes que nada, las prácticas epistolares son en sí mismas un asunto histórico, debido a que ellas mismas están gobernadas por el tipo de sociedad en las que se despliegan y por las convenciones que ordenan y organizan las materias tratadas por los corresponsales o "epistológrafos". No es lo mismo las cartas intercambiadas en la sociedad cortesana del siglo XVII a las cartas escritas en el contexto de las sociedades industrializadas y en proceso de masificación del siglo XIX.[1]

[1] Roger Chartier, "Los secretarios. Modelos y prácticas epistolares", en *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna* (Madrid: Alianza, 1993), 284-314.

Al mismo tiempo, las diferencias del origen social y los oficios inciden en los diferentes fines y géneros de las cartas, por ejemplo: epístolas de amor, condolencia, peticiones de trabajo o matrimonio, efemérides, aniversarios y negocios, cartas mercantiles o de cambio. Roger Chartier se ha dedicado a estudiar las particularidades del género epistolar y sus diferentes variantes en el tiempo. Además de estudiar diferentes cartas en distintos momentos históricos, Chartier analiza los manuales epistolares que enseñan a componer correctamente las cartas conocidos como *Secretarios*, escritos originalmente en el siglo XVII por ministros o funcionarios públicos de la corte francesa (la nobleza de toga). Dichos manuales enseñaban a los potenciales "epistológrafos" —aficionados o profesionales— a dirigirse convenientemente a sus destinatarios haciendo énfasis sobre la condición social (si era pareja o dispar) del remitente para obtener el favor o la gracia esperada.[2] La transformación de estos manuales en el siglo XIX (al irse flexibilizando las convenciones sociales mediante la apelación a un lenguaje más pragmático y menos retórico) demuestra, según Chartier, cómo los cambios en los modelos epistolares son un indicador de las mutaciones aceleradas registradas en las relaciones sociales del siglo XIX; tanto por los efectos de la expansión de las letras en la sociedad (alfabetización o democratización de la cultura) como por el carácter anacrónico que para los editores decimonónicos de obras populares reviste las persistentes reediciones de los *Secretarios* del siglo XVII (aunque esto mismo, para Chartier, señala un uso libre e imaginario del lector popular del siglo XIX de las viejas costumbres reflejadas en los antiguos modelos epistolares).[3]

En nuestro caso, los epistolarios que hemos usado como muestra, pertenecen a personas inmersas en el siglo XIX que experimentan una gran multitud de cambios en las estructuras sociales tradicionales y que exige nuevas reglas de juego en las relaciones interpersonales (lentamente nuevos y desafiantes escritores provenientes de las clases humildes y populares se disputan la hegemonía del mundo de la cultura escrita en sus dimensiones estética y política). Pero el grupo letrado que en particular produce las cartas que nos interesa viene, por lo general, de una ascendencia social privilegiada en cuanto al contacto y transmisión de la alta cultura en, por lo menos, tres generaciones sucesivas, y ese el caso de Miguel Antonio Caro y, parcialmente, de Rufino José Cuervo.[4] Su lenguaje, aunque contemporiza con los

[2] Chartier, "Los secretarios. Modelos y prácticas epistolares", 294-296.

[3] Chartier, "Los secretarios. Modelos y prácticas epistolares", 310-314.

[4] Malcolm Deas, "Miguel Antonio Caro y amigos: gramática y poder en Colombia",

cambios intelectuales del siglo (por ejemplo, intenta mantenerse actualizado de los avances de las ciencias que más cultivan), conserva la imagen de que se dialoga entre pares no sólo por sus oficios o aficiones intelectuales comunes (como colegas), sino por su estatus como una elite cultural y social naturalmente dada a debatir temas literarios y políticos con un lenguaje relativamente formalizado, ritualizado y crítico con los cambios que observa en la sociedad y considera inconvenientes o de "mal gusto". Esto último, en muchas ocasiones, entendido como el acto que otros sectores emergentes realiza al desafiar sus conocimientos, ora debido a que los ignoran, ora debido a que pretenden mediocremente imitarles en sus tareas intelectuales y políticas. Cuando esto ocurre muchas veces utilizan un lenguaje más agresivo y si la confianza es ya alta entre los corresponsales (pues, por lo general declaran su amistad pasado un tiempo de correspondencia, sustituyendo expresiones como "mi querido señor" por "estimado amigo") muchos de los intercambios epistolares se vuelven más directos, sinceros y dispuestos a denunciar a las actitudes groseras o desviadas que otros sujetos de su selecta comunidad o —más frecuentemente— ajenos a ella manifiestan desafiando sus posiciones intelectuales.[5]

En este sentido, los epistolarios de Miguel Antonio Caro ofrecen un nuevo ángulo de visión menos conocido, pues más que sus discursos

en *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas* (Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1993), 35-47. Aunque más adelante se pondrán en cuestión algunas ideas de este archicitado ensayo.

[5] En muchas ocasiones, en medio de polémicas políticas, Caro utilizó sus conocimientos filológicos no sólo para atacar a las elites liberales sino a las sociedades democráticas que politizaban a las clases populares, dice "En estas repúblicas americanas, dada la fragilidad de las bases del edificio político, y la impresionabilidad de nuestra raza, las sociedades democráticas sólo sirven para escandecer las pasiones, promover graves desórdenes, y crear hábitos de insolencia […] Ahora han resucitado estas asociaciones monstruosas con el nombre tan odioso como ignorantemente traducido de *Salud pública*: han convertido la *salvación (salut)* en *salud (santé)*. En realidad, la *Salud pública* tanto dista de ser *salvadora* como de ser *sanitaria*", Miguel Antonio Caro, *Escritos políticos*, segunda serie (Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1990), 54-55, publicado originalmente en *El Repertorio Colombiano* (1882). Caro se refiere a la resurrección, a fines del siglo XIX, de las Sociedades Democráticas de artesanos que fueron protagonistas en el fallido levantamiento armado acaudillado por el general José María Melo en 1854. Por otra parte, Cuervo en sus *Apuntaciones* habla sobre las clases populares que gracias a las revoluciones acceden a cargos públicos o al mundo letrado con el riesgo de aplebeyar la lengua castellana "… y los trastornos y dislocaciones de las capas sociales por los solevantamientos revolucionarios, que encumbran aun hasta los primeros puestos a los ignorantes e inciviles, pueden aplebeyar el lenguaje generalizando giros antigramaticales y términos bajos", Rufino José Cuervo, *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* (Bogotá: Imprenta de Echeverría Hermanos, 1873), XIV-XV.

académicos sobre materias especializadas o más que sus artículos publicados en la prensa política para organizar las doctrinas ideológicas que definen las facciones en lucha por el poder, las cartas revisadas revelan más claramente —por el carácter semiprivado y de confianza de las correspondencias— muchas y variadas tensiones sociales relativas a su posición cultural tradicional en una sociedad colombiana que experimenta cambios en sus formas de organización interna.[6] Dichas tensiones sociales se manifiestan entre Caro y sus corresponsales a través de sus discusiones literarias y sus opiniones históricas sobre sus propias sociedades, al mismo tiempo que tienden a mostrar una visión de conjunto sobre la sociedad americana y española, o también de manera dual y comparativa sobre la colombiana en relación con la argentina, mexicana, venezolana y viceversa. Esta actividad confirma a Caro y a sus corresponsales como pertenecientes a una comunidad de letrados seguros socialmente de su función intelectual rectora,[7] esto a pesar —o con mayor razón— de los cambios que la puedan poner en duda, pues continuamente tratan de preservarla mediante sus actividades asociativas y su disciplina como productores de cultura especializada, aunque pública.

En síntesis, encontramos que esta ventaja (de ángulo analítico) que aportan los epistolarios revisados nos permite entender muchas de las actitudes críticas, irónicas, satíricas y mordaces que este tipo de "letrado erudito" manifiesta en torno a los cambios sociales y culturales que trata de asimilar y redirigir mediante su influjo en la cultura escrita, al tiempo que se intenta establecer una idea de crítica literaria e histórica adecuada para el siglo XIX hispanoamericano.[8] Idea de crítica

[6] Al respecto, Marco Palacios explica que la novela costumbrista de autores conservadores como Eugenio Díaz (*Manuela*), José María Vergara y Vergara (*Olivos y Aceitunos, todos son unos*) o José Manuel Marroquín (*Blas Gil*) representa una expresión de escepticismo respecto del descenso de la democracia política a las provincias y municipios: "El costumbrismo también da cuenta de la desazón que se apoderó de algunos miembros de las clases altas en cuanto sospecharon que el descenso del gobierno republicano al municipio contenía los gérmenes de la subversión, pues, recordaban, la igualdad política conduce a la igualdad social", Marco Palacios, *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875-1994* (Bogotá: Norma, 2003), 75.

[7] Jaime Jaramillo Uribe, "Caro y Alberdi: dos posiciones frente al problema de la orientación cultural de Hispanoamérica en el siglo XIX", en *La personalidad histórica de Colombia y otros ensayos* (Bogotá: El Áncora Editores, 1994), 49.

[8] Por ejemplo, Horacio Crespo estudia la figura del erudito coleccionista, bibliógrafo y bibliófilo como un tipo de intelectual americanista responsable del rescate documental y de la publicación de catálogos comentados de una variedad de textos de valor histórico para la composición de muchas de las historia nacionales que se escribieron en México, Argentina y Chile, algunas veces realizadas por estos mismos eruditos (como es el caso de Joaquín García Icazbalceta o de José Toribio Medina) y otras veces por los pioneros

que en aquel momento se construye y se publicita en sus respectivos países como el más evidente sinónimo de civilización de sus sociedades (de ahí su exaltado patriotismo y constante intento por difundir en el exterior las producciones americanas) ante los grandes centros metropolitanos decimonónicos como París y Londres o, incluso, entre las demás capitales americanas como Ciudad de México o Buenos Aires.

2. Seis asuntos de historia de las ideas y de la cultura examinados en los epistolarios de M. A. Caro

En este apartado expondremos los seis asuntos que consideramos de interés para la historia epistolar referida a la correspondencia del escritor colombiano M. A. Caro. En cada punto se procura colocar notas al pie para dar breve ejemplo de algunas de las partes de los epistolarios que mejor representan cada asunto expuesto complementándose con una bibliografía secundaria que orienta cada planteamiento. Estos básicamente son los siguientes:

1. La relación entre el origen social y el tipo de oficio intelectual, considerando que en el primer elemento encontramos un constante interés de los corresponsales por averiguar asuntos genealógicos sobre el linaje propio o de otros letrados, además de la difusión de las obras de padres y abuelos junto con la recolección de datos biográficos de colegas notables por sus obras y por las de su tronco familiar,[9] mientras que en el segundo elemento debe observarse que los corresponsales son en su mayoría filólogos, lexicógrafos y traductores-editores de lenguas clásicas o modernas, pues el correcto

historiadores nacionales (como Bartolomé Mitre o Diego Barros Arana). Creemos que personajes como M. A. Caro o R. J. Cuervo encajan en la categoría propuesta por Crespo en la rama de filólogos, Horacio Crespo, "El erudito coleccionista y los orígenes del americanismo", en *Historia de los intelectuales en América Latina*, vol. I, ed. Carlos Altamirano y Jorge Myers (Buenos Aires: Katz, 2008), 290-311. Para ver otra categoría de intelectual, entendido como publicista, consultar el capítulo de Elías Palti del mismo libro, 227-241. Para profundizar en el análisis de estos eruditos hispanoamericanos y su producción historiográfica, Sergio Mejía Macía, "La noción de historicismo americano y el estudio de las culturas escritas americanas", *Historia Crítica* 1, no. 39E (2009): 247-260, https://doi.org/10.7440/histcrit39E.2009.12.

[9] Mario Germán Romero, ed., *Epistolario de Miguel Antonio Caro, Rufino José Cuervo y otros colombianos con Joaquín García Icazbalceta* (Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1980), 11-27. Sobre una discusión acerca del tronco familiar de los Caro con Menéndez Pelayo, *Menéndez y Pelayo en Colombia. 1856-1956* (Bogotá: Editorial Kelly, 1957), 101 y 124-125, en ese tomo se encuentra reunido el epistolario entre Menéndez Pelayo y Miguel Antonio Caro que comprende los años de 1878-1892.

uso del lenguaje y su dominio léxico es un distintivo de su rol cultural en la sociedad. En una nueva edición de las correspondencias de R. J. Cuervo —con sus corresponsales colombianos— su editor, Andrés Jiménez Ángel, en un estudio preliminar califica al conjunto de hombres de letras que rodea a Cuervo (Caro, Pombo, Marroquín) como de "intelectuales-gramáticos", en este punto coincide con Malcolm Deas de relacionar el poder letrado conservador con el cultivo de la gramática como distintivo social y arma político-cultural que les da su unidad de grupo, es de interés el texto de Jiménez Ángel en tanto señala la pluriactividad de estos intelectuales como libreros, impresores, pedagogos y burócratas.[10] Una crítica que puede hacerse a su interpretación, se encuentra en Óscar Saldarriaga que —en crítica directa a Deas— cuestiona que la veneración de la gramática no obedece a "una mera veleidad parroquial de los gobernantes conservadores de fines del siglo XIX", aludiendo a que no todos son gramáticos en sentido tradicional y que eso no constituye su unidad como comunidad letrada, pues en el caso de Cuervo y Caro (a diferencia por ejemplo de Marroquín) avanzan hacia la filología comparada (la lingüística histórica en sentido moderno) disintiendo con la práctica de simplemente censurar los usos gramaticalmente incorrectos del lenguaje hablado y escrito, pues amplían sus horizontes epistemológicos de comprensión de las "ciencias del lenguaje", lo que hace que no rechacen la modernidad como un todo sino que integren dentro de su tradicionalismo una visión moderna del funcionamiento de la lengua. Saldarriaga lanza una crítica con la permanencia de esta imagen historiográfica liberal de reducir a estos intelectuales a "gramáticos conservadores", su modernidad puede ser legítimamente antiliberal debido a que lo moderno no es reductible al liberalismo.[11]

[10] Andrés Jiménez Ángel, *Correspondencia y formación de redes intelectuales. Los epistolarios de Rufino José Cuervo, 1865-1882* (Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 2013), 13-34. Sin embargo, este trabajo de edición utiliza una selección de epistolarios de R. J. Cuervo ya publicados, no saca a la luz ninguna carta inédita, incluso el aparato crítico de notas al pie de página -en su inmensa mayoría- es tomado del trabajo erudito de Mario Germán Romero, principal editor de los epistolarios de Caro y Cuervo. El nombre de la obra ilusiona, pero no hay más novedad que un estudio preliminar que no implica en su conjunto una verdadera reedición, sino una mera reimpresión de fuentes con nuevo título sin aterrizar o esclarecer los nodos de corresponsales que darían vida a esa "formación de redes intelectuales".

[11] Óscar Saldarriaga Vélez, "Miguel Antonio Caro, la modernidad del tradicionalismo (Episteme y epistemología en Colombia, siglo XIX)", en *Algunas facetas del pensamiento de Miguel Antonio Caro* (Bogotá: Editorial Javeriana, 2008), 24 y 29.

2. La relación entre el oficio intelectual especializado ejercido dentro de sus asociaciones intelectuales selectas y los ideales de la vida pública que intentaron encarnar Caro y sus corresponsales, examinando dicha relación desde el interior de su vida "íntima-epistolar", ésta entendida como la contracara de su actividad publicística y editorial en la que gradualmente se desarrollan diversas utopías culturales, como, por ejemplo, la unión espiritual y literaria de los pueblos americanos con España (hispanismo), que se presenta hacia fuera como la finalidad de la actividad propia de sus asociaciones eruditas, especialmente, las academias correspondientes.[12] Por lo tanto, es interesante notar las desavenencias entre esa imagen pública de unidad académica e hispánica en lo cultural y los nombramientos de tipo político que se hacen unilateralmente desde España de personajes americanos que crean roces entre los más íntimos corresponsales. Valga el siguiente ejemplo, en carta fechada en Bogotá del 18 de febrero 1881, Miguel Antonio Caro le escribía muy molesto a Marcelino Menéndez Pelayo sobre la noticia de la Real Academia Española de nombrar al dictador venezolano Antonio Guzmán Blanco (que además era masón) como miembro: "Pero con lo que yo no me conformo es con que Guzmán Blanco, el 'Ilustre Americano', tenga el mismo título académico que tuvo el ilustre Bello y que tiene hoy el sabio García Icazbalceta. Esto no es justo, ni conveniente, ni admisible. ¿Qué ha escrito Guzmán Blanco? ¡Decretos infames, y unas cartas groseras! Mientras no depure la Academia sus listas americanas, más vale que las suprima del todo al frente de la nueva edición que prepara del diccionario. Pocos saben hoy esas cosas; la Academia conserva aún su tradicional prestigio; pero si sale el nombre de Guzmán al frente del diccionario, créame usted que hará la más desagradable y funesta impresión en cuantos lo vean en Colombia y en toda la América española. ¡Qué arma para quitarle autoridad a la Academia! ¡Cuántas interpretaciones malignas!".[13] En otras cartas dirigidas a Caro (alrededor de 1880), se puede evidenciar el momento en que Cuervo quiere renunciar a la Academia Colombiana y manifiesta su distancia con los peninsulares y con varios académicos connacionales.[14]

[12] Sobre el movimiento de las academias correspondientes de la Real Academia Española y otras asociaciones hispanistas en su relación con la vida pública de sus asociados y de sus detractores, Carlos Rama, "La Batalla del Idioma", en *Historia de las relaciones culturales entre España y América Latina. Siglo XIX* (México: Fondo de Cultura Económica, 1982), 115-161; Isidro Sepúlveda, "La socialización del hispanoamericanismo: las asociaciones americanistas", en *El sueño de la Madre Patria. hispanoamericanismo y nacionalismo* (Madrid: Marcial Pons, 2005), 393-409.

[13] *Menéndez y Pelayo en Colombia. 1856-1956*, 84.

[14] Mario Germán Romero, ed., *Epistolario de Rufino José Cuervo con Miguel Antonio Caro*

Finalmente, en los intercambios entre Caro y García Icazbalceta hallamos interesantes juicios sobre la inutilidad, en términos de aportes culturales y bibliográficos, de los pocos miembros liberales de ambas academias (la colombiana y la mexicana), junto con las dificultades económicas para el sostenimiento de sus respectivos Anuarios. En este punto menciona Caro desde Bogotá en carta fechada el 18 de marzo 1879: "Por lo que V. me dice, esta Academia está en condiciones semejantes a las de la Mejicana. Carece de recursos. No reembolsó los gastos del no. 1 del Anuario, y no ha vuelto a publicar nada por cuenta propia. Envía algunos de los trabajos al Repertorio [Colombiano]. Quisimos los fundadores que hubiese entre los compañeros que debíamos proponer a la Academia Española, algunos liberales, para ostentar imparcialidad, y que no se dijese que la Academia era corporación política. Con ello nada ganamos. Los tres compañeros liberales, [Santiago] Pérez, [Felipe] Zapata y [Venancio G.] Manrique, no han vuelto a las juntas ni han servido para nada. De doce individuos nominales solo nueve asisten y trabajan".[15] En una carta posterior, responde desde México García Icazbalceta en mayo 30 de 1879: "Ya veo que por esa Academia pasa lo mismo que por esta. Por idénticas razones, propusimos también aquí dos liberales; uno ha resultado útil, puntual y moderado: el otro jamás se presenta en las juntas, y vale más. La Academia Española erró en algunos de los primeros nombramientos, y resulta que siendo catorce nominales, es caso raro que en las juntas pasemos de cinco. De fondos no se diga. El primer tomo de las Memorias no ha producido ni para el papel; pensamos, sin embargo, emprender el 2º a nuestra propia costa y por puro 'amor al arte', pero dudo que lo acabemos",[16] antes había manifestado el mexicano de manera contundente "ninguna relación hemos querido tener con el gobierno",[17] elemento común de estas sociedades eruditas decimonónicas en ambas naciones, ya que se encontraban marcadas por guerras civiles en las que el liberalismo había salido victorioso y se había hecho con el Estado (que a su vez no lograba suplir por cuenta propia las investigaciones que a nivel privado lideraban estos intelectuales católicos).

3. En concreto, además de estudiar el tipo de letrado propio de las microsociedades en las que Caro habita (como las academias), es

(Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1978), 48-58.

[15] Romero, ed., *Epistolario de M. A. Caro, R. J. Cuervo con J. G. Icazbalceta*, 30-31.

[16] Romero, ed., *Epistolario de M. A. Caro, R. J. Cuervo con J. G. Icazbalceta*, 36-37.

[17] Romero, ed., *Epistolario de M. A. Caro, R. J. Cuervo con J. G. Icazbalceta*, 26.

necesario paralelamente indagar qué tipo de lector representan quienes las conforman, es decir, qué leen y qué desean leer según sus cartas. Gracias a los epistolarios es posible estudiar el corpus básico de las obras que leen "intensivamente" y de los artículos ocasionales de los periódicos que leen "extensivamente", de lo cual se desprende el modo cómo evalúan, coleccionan, califican y jerarquizan lo leído.[18] Por ejemplo, por la lectura de los epistolarios se concreta más fácilmente que el carácter de lector intensivo y doctrinario de Caro reside en las obras de Virgilio, Horacio y la Biblia, entre otras. Las de su carácter como lector extensivo están cifradas en las polémicas literarias y políticas lanzadas desde los periódicos más cercanos, efímeros algunos, pues figuran en sus cartas artículos compuestos por reacción a la lectura de otros artículos tomados de diarios y semanarios liberales (en especial, leía asiduamente *El Diario de Cundinamarca*) y respondía a las "provocaciones", según le informa a sus corresponsales, en periódicos como *El Tradicionist*a, *El Repertorio Colombiano* y *El Conservador*, los cuales son los más frecuentemente intercambiados y citados en sus cartas. Por esta misma vía, se puede determinar qué tipo de bibliotecas privadas forman mediante el intercambio de libros, qué periódicos extranjeros citan como referente en sus cartas y cuáles de sus artículos de prensa u obras se reimprimen en la prensa o en las casas editoras extranjeras o del país de sus corresponsales. Sobre los datos referentes a los periódicos extranjeros que lee Caro y de las reimpresiones en el extranjero de sus obras y artículos, encontramos que en México Joaquín García Icazbalceta le comunica que una de sus poesías y de sus reseñas sobre poetas mexicanos se reimprimieron en el periódico del hijo del historiador mexicano (Luis García Pimentel) denominado *La Ilustración Católica* de ciudad de México (la poesía es "La unidad

[18] Los conceptos de "lector intensivo" y "lector extensivo" son tomados de Roger Chartier y Guglielmo Cavallo, estos autores dicen que "El lector 'intensivo' se enfrentaba a un corpus limitado y cerrado de libros, leídos y releídos, memorizados y recitados, escuchados y aprendidos de memoria, transmitidos de generación en generación", se da como ejemplo a la Biblia y, en cambio, el lector extensivo "… fue un lector harto diferente: consumía numerosos, diversos y efímeros impresos; los leía con rapidez y avidez; los sometía a un examen crítico que no sustraía ya ningún terreno a la duda metódica. De ese modo, una relación comunitaria y respetuosa con lo escrito, imbuida de reverencia y obediencia, fue cediendo el paso a una lectura libre, desenvuelta e irreverente", Roger Chartier y Guglielmo Cavallo, *Historia de la lectura en el mundo occidental* (Madrid: Taurus, 2011), 52-54. Sin embargo, los citados autores se cuidan de relegar al lector intensivo el papel de un personaje anacrónico o premoderno y reducir el lector moderno al tipo extensivo, se explica que ambos tipos tienden a coincidir en un mismo personaje de diferentes maneras.

católica y la pluralidad de cultos").[19] En España, Caro y Menéndez Pelayo discuten en muchas ocasiones sobre los artículos que el periódico madrileño *La Ilustración española y americana* publica sobre asuntos literarios y políticos e incluso se reimprimen artículos de Caro. En este mismo país, en la colección de la Biblioteca Clásica publicada en Madrid, se reimprimen varias de las traducciones de Virgilio de Caro, aunque García Icazbalceta lamenta que haya salido "mendosa" (con errores de imprenta y de edición) y Ezequiel Uricoechea le dice a Caro que de los editores españoles no espere mucha calidad o esmero sobre todo cuando son obras de un americano,[20] Caro le dice a Menéndez Pelayo que lamenta la mala comunicación para que su edición española de sus traducciones saliese con erratas y sin incluir sus últimas correcciones.[21]

4. Letrados como Caro, debido al poco desarrollo de las instituciones académicas en las nuevas republicas hispanoamericanas, muchas veces se ven obligados a ejercer otra actividad por falta de un estipendio fijo ganado por sus indagaciones filológicas. La falta de apoyo oficial e institucional para dedicarse exclusivamente a su oficio predilecto hace que Caro y varios de sus corresponsales presenten una pluriactividad en diferentes ramos de la cultura o incluso por fuera de ella, pero en general están asociados tanto a una forma de sustento económico como a la difusión y distribución de sus producciones culturales escritas. Por eso aparecen inmersos en el negocio de la impresión, la edición, la venta de libros o la creación de revistas literarias por suscripción (sus cartas están llenas de referencias mercantiles y económicas vinculadas a estas actividades), lo que significa que están asociados o son a varios tiempos impresores, editores, libreros y redactores. Como bien aparece en las cartas de Caro (a Cuervo, Uricoechea y García Icazbalceta especialmente) después de su aventura editorial de *El Tradicionista* (cuya imprenta fue cerrada por el gobierno liberal en 1876) se dedica al negocio de la venta de libros en Bogotá para sobrevivir y poder dedicarse a sus tareas literarias y de publicista católico. Al abrir cerca de 1878 su Librería Americana y Española, le escribe Uricoechea a Caro, "Agradezco mucho el ofrecimiento de los servicios de la librería […]. Le felicito a U. por haber entrado en esta nueva vía […]. Deseo con toda mi alma que la librería le proporcione

[19] Romero, ed., *Epistolario de M. A. Caro, R. J. Cuervo con J. G. Icazbalceta*, 42 y 53.

[20] Mario Germán Romero, ed., *Epistolario de Ezequiel Uricoechea con Rufino José Cuervo y Miguel Antonio Caro* (Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1976), 289.

[21] *Menéndez y Pelayo en Colombia. 1856-1956*, 63.

a U. lo suficiente para darse al estudio y a la composición de obras originales hasta que estas formen su media docena de volúmenes".[22] Uricoechea a petición de Caro le proporcionó catálogos de librerías europeas (y también García Icazbalceta en lo que se refiere a México) junto con algunas obras impresas para dotar su librería. Muerto Uricoechea en 1880, será Cuervo —después de radicarse en París en 1882— quien le servirá de intermediario para conseguir obras tanto para su librería como para sí mismo (utilizando los servicios de la casa editorial parisina Roger & Chernoviz). Recordemos que los Cuervo (Rufino y Ángel) se dedicaron al negocio cervecero gracias a cuya renta pudieron radicarse en París; Uricoechea también intentó infructuosamente dedicarse a la exportación de libros desde Francia a Colombia. Finalmente, M. A. Caro y Menéndez Pelayo fueron también directores de las bibliotecas nacionales de sus respectivos países.[23] En el caso de García Icazbalceta, aunque era un rico hacendado, se dedicó por varios años al arte de la impresión y sus trabajos editoriales junto con la calidad de sus impresiones fueron admiradas por Caro, diciéndole cuan atrasado estaba en Colombia ese ramo e incluso en Chile y las repúblicas australes en comparación con México.[24]

5. Es importante determinar según sus propias opiniones —plasmadas en sus cartas— cuál es el público ideal para consumir sus producciones y cuál es el público real que finalmente las consume, cuáles son las obras insignia propias y de colegas cercanos (listado que puede tomarse de las cartas) que les han dado el prestigio y que, en preferencia de otras, se empeñan en hacer circular como una especie de propaganda entre lo que ellos mismos llaman "República de las letras". Por la misma vía, es necesario ahondar sobre cuál es la clientela de sus producciones eruditas más especializadas (si llega a ser exterior a su microsociedad o sólo circula en número significativo en sus mismos sectores intelectuales). Así, en las cartas hay bastantes quejas sobre la distribución y venta de los libros y el intento de no depender de las obras en lengua castellana impresas y editadas en París.[25] Por ejemplo,

[22] Romero, ed., *Epistolario de E. Uricoechea con R. J. Cuervo y M. A. Caro*, 278.

[23] Romero, ed., *Epistolario de M. A. Caro, R. J. Cuervo con J. G. Icazbalceta*, 74.

[24] Romero, ed., *Epistolario de M. A. Caro, R. J. Cuervo con J. G. Icazbalceta*, 35.

[25] Esto evidencia el problema de las comunicaciones entre los americanos en plena globalización decimonónica, en relación con las menos desarrolladas vías de transporte en Hispanoamérica y su dependencia de los correos centralizados en las capitales europeas, lo que lleva a considerar las soluciones adoptadas tales como el aprovechamiento de amigos viajeros o contactos consulares y diplomáticos que sirven de intermediarios. En carta del 14 de diciembre de 1878 escribe Icazbalceta desde México a Caro sobre su intermediario favorito para el intercambio de libros: "Muy estimado amigo, compañero

en una carta de Caro a Cuervo, ya en el año de 1882, se discute sobre una nueva edición de las *Apuntaciones* que —para Caro— tendría ya asegurado su mercado —con la exclusiva de La Librería Americana— en Bogotá. Caro nos proporciona datos de contexto para la época, al decirle a Cuervo que "en esta república hay tres ciudades con radio comercial en el ramo de librería: Bogotá que abraza al interior, Medellín para el estado de Antioquia, y Panamá para transeúntes y el Pacífico. Usted me dará la exclusiva en Bogotá".[26] En otra carta de Caro a Menéndez Pelayo, en 1878, le explicaba Caro que en Bogotá hay sólo cinco librerías (negocio en el que comenzaba a incursionar), todas con escasos libros americanos (los impresos en América y no las versiones dependientes de la industria parisina) y los foráneos están llenos de malas y mutiladas traducciones (hechas en París), además de lamentar que las producciones americanas no circulasen en España a pesar de que las españolas sí circulan en Bogotá, dice: "En Bogotá, por ejemplo, hay cinco librerías notables, donde se hallan en gran número ediciones españolas recientes, y no se encuentra ni para remedio, *ut dicunt*, un libro mejicano, chileno o argentino".[27]

En lo estrictamente comercial, es importante preguntarse ¿cuál es la clientela producto de su actividad de libreros? Esto mediante el examen de sus catálogos —a pesar de la necesidad de lucro existe una orientación cultural a formar un tipo de público—, los cuales pueden ser rastreados por los pedidos de libros que intercambian en sus cartas o si es posible mediante la lista de compradores o suscriptores cuando se trata de periódicos culturales. Por ejemplo, las cinco librerías que señala Caro las encontramos descritas en un texto de Laureano García Ortiz (1867-1945), quien dice que a fines del siglo XIX existieron las siguientes: 1. la Librería de Fidel Pombo (especializada en libros de ciencias naturales), 2. la Barcelonesa (llena de ediciones baratas y malas traducciones de literatura francesa), 3. la Librería Americana (de Caro, especialmente dotada de clásicos españoles y literatura católica), 4. la Librería Colombiana (cuyo dueño era el liberal Salvador Camacho Roldán, abastecida de textos de ciencias económicas y buenas ediciones de literatura moderna) y 5. la Librería de Torres Caicedo (de las pocas con ediciones de textos de autores americanos). Según García Ortiz, en La Librería Americana "por

y señor: Por este vapor envío al Sr. D. Leopoldo Vázquez Prada, Vicecónsul de España en San Thomas, la caja [de] libros, encargándole la dirija a V. con la seguridad posible, y en caso de no tener medio de enviarla, avise a V. para que disponga de ella." Romero, ed., *Epistolario de M. A. Caro, R. J. Cuervo con J. G. Icazbalceta*, 23.

[26] Romero, ed., *Epistolario de M. A. Caro con R. J. Cuervo*, 124.

[27] *Menéndez y Pelayo en Colombia. 1856-1956*, 53.

de contado, allí aparecían los afamados escritores contemporáneos de España: Trueba y Fernán Caballero, Selgas y Alarcón, Pereda y Pérez Galdós, Valera y la Pardo Bazán, Campoamor, Núñez de Arce y Bécquer, Balmes y Menéndez y Pelayo. Algunos libros de polémica o controversia religiosa, algunas obras pedidas por encargo de la clientela académica y sacerdotal, y pare de contar" y más adelante dice que era esencialmente "clásica, académica, hispanófila, especialmente literaria y estrictamente ortodoxa, la del señor Caro".[28]

En efecto, en la Librería Americana sí predominaron los textos teológicos orientados a surtir al clero local (especialmente le vende a la Universidad Católica en Bogotá) y varias obras de la literatura universal aunque con preeminencia de las obras clásicas españolas, para esto puede consultarse uno de los catálogos de la Librería Americana[29] y las cartas a Cuervo en las que Caro (1884) le pide libros y reglamentos —destinados a su librería— para organizar universidades católicas según el modelo francés.[30]

6. El problema del mantenimiento de la Academia Colombiana o las disensiones entre sus socios, asunto reflejado en los epistolarios y los anuarios, así como la necesidad de estudiar la clara correlación encontrada entre la formación paulatina de una "comunidad intelectual epistolar" y el impulso al movimiento de las asociaciones académicas

[28] Laureano García Ortiz, "Las viejas librerías de Bogotá", *Boletín de la Academia Colombiana* 2, no. 7/8 (1937): 121-144.

[29] *Catálogo de la Librería Americana* (Bogotá: Imprenta de 'La Luz', 1889), 1-27.

[30] Romero, ed., *Epistolario de R. J. Cuervo con M. A. Caro*, 125-126. Dice Antonio Cacua Prada: "Durante el gobierno de la Regeneración resurgieron los establecimientos privados de orientación católica. El primer Delegado Apostólico en Colombia, Monseñor Juan Bautista Agnozzi, en la clausura del año lectivo del Colegio de don Víctor Mallarino el 16 de noviembre de 1883 expresó su anhelo de fundar una 'Universidad Católica'. Con base en el 'Colegio del Espíritu Santo', situado en la Calle 12 con Carrera 15, Barrio San Victorino, inició la organización de la Universidad, que contó con el entusiasta respaldo del señor Arzobispo Monseñor Vicente Arbeláez. El 3 de diciembre de 1883 apareció el 'Prospecto'. El sábado 1o. de marzo de 1884 abrió sus puertas la 'Universidad Católica' con 200 estudiantes y las facultades de Filosofía y Letras, Ciencias Naturales, Ingeniería y Jurisprudencia. Su lema: 'Nihi sine lúmine'. 'Nada sin la inspiración divina'. Ocuparon la rectoría don José Manuel Marroquín, don Miguel Antonio Caro, el Dr. Carlos Martínez Silva y Monseñor Agnozzi. Don Marco Fidel Suárez, desempeñó la Secretaría y enseñó lógica y castellano. Esta universidad congregó a los más señalados intelectuales católicos radicados en Bogotá." Antonio Cacua Prada, *Historia de la educación en Colombia* (Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 1997), 202. Es probable que después de la guerra civil de 1885 la institución no perdurara y las fuerzas intelectuales se reorientaran hacia otros horizontes como el Concejo de Delegatarios que daría como fruto la constitución de 1886 y el arreglo del Estado con la Iglesia mediante el Concordato entre Bogotá y el Vaticano en 1887.

correspondientes de la Real Academia Española en la América Hispánica.[31] Al respecto, podemos decir que cerca de 1870 en América la discusión hispanista (sobre el problema de la herencia hispánica en las nuevas republicas independientes) trasciende el plano de los temas políticos sobre la Independencia al uso de la filología moderna como una ciencia nueva que ahonda la conciencia histórica de los letrados y sus relaciones culturales con España. De hecho, puede lanzarse la hipótesis de que la renovada fuerza de los filólogos americanos de aquella década (1870) sí jugó un rol esencial en la redefinición cultural de los nacionalismos hispanoamericanos (con el paradójico elemento de considerar a España como el centro de una nación cultural común). Sin embargo, hay matices, ya que el movimiento de las academias correspondientes liderado por Caro en Colombia y por García Icazbalceta en México (ambos directores de sus respectivas corporaciones) contrasta con una definición de la "nacionalidad literaria" hispanoamericana (con exclusión de España) propuesta por personajes antihispanistas como el argentino Juan María Gutiérrez (corresponsal de Caro), importante historiador de la literatura que siendo liberal y americanista, a un mismo tiempo, investiga la literatura colonial rioplatense y defiende la ruptura definitiva con España. Además de rechazar su nombramiento como miembro correspondiente de la Real Academia Española desatando una polémica en España y a nivel continental americano. En los epistolarios entre Caro y J. M. Gutiérrez aparecen elementos clave sobre dicha polémica.[32]

Reflexiones finales: el peso intelectual de los corresponsales para la formación de la crítica en Miguel Antonio Caro

Después de considerar la relevancia de los epistolarios de Caro con algunos de sus corresponsales más importantes (en los seis puntos

[31] Benedict Anderson afirma del siglo XIX europeo —aunque quizá excluyendo sin mayor justificación a América— que "El siglo XIX fue, en Europa y sus cercanías, una edad de oro para lexicógrafos, gramáticos, filólogos, y literatos de las lenguas vernáculas. Las actividades de estos intelectuales profesionales fueron el fundamento para determinar los nacionalismos europeos del siglo XIX, en contrate absoluto con la situación de los países de América entre 1770 y 1830" Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* (México: Fondo de Cultura Económica, 2005), 107.

[32] Guillermo L. Guitarte, ed., "Cartas desconocidas de Miguel Antonio Caro, Juan María Gutiérrez y Ezequiel Uricoechea", *Thesaurus* XVII, no. 2 (1962): 268-270 y 280-283. Para ampliar y comprender la polémica entre Caro y Juan María Gutiérrez, Sebastián Pineda Buitrago, *La crítica literaria hispanoamericana (Una introducción histórica)*, (Madrid: Instituto Juan Andrés de Comparatística y Globalización, 2022), 104-117.

tratados), debe decirse que es insuficiente para comprender las redes intelectuales a las que perteneció Caro el simple cruce de las obras y artículos publicados por él, adosados de una bibliografía secundaria que se utilizaría para procesar sus obras y su lugar en la historiografía. Debe procederse, antes que nada, a interpretar al propio Caro como un nodo dentro de una red intelectual, hay que leer los epistolarios para desentrañar las opiniones, decisiones y acciones de sus corresponsales, al tiempo que conocer parte de sus obras para poder comprender el problema del tipo de lector que representa esta comunidad singular de escritores (en su mayoría católicos) dedicados a la ciencia filológica, de ahí que sea necesario definir qué tipo de público erudito o vulgar pretenden construir o dirigir. Por tanto, es necesario descubrir el lugar que ocupó él y su red microsocial en la sociedad de su época, es decir, estudiar la relación suya y de sus pares intelectuales con el estado de la cultura y los acontecimientos políticos de su contexto temporal y espacial (la relación de su ciudad y de los grandes centros metropolitanos de cultura en el mundo cambiante de 1870 hasta 1900). Además, debe señalarse que los epistolarios permiten revaluar la cronología misma de la vida y obra de Caro, pues permite ver "desde adentro" los cambios de opinión sobre distintas materias, los planes de obras abortados o las contingencias impuestas por su medio social y político sobre un productor especializado de obras culturales.

Son interesantes, por ejemplo, los artículos que publicó Caro entre 1882 y 1883 en *El Conservador*, en polémica con *El Diario de Cundinamarca*, para defender a las obras de Menéndez Pelayo, debido a su concepto positivo de la Inquisición y de la defensa de una "ciencia española". La ventaja de las cartas sobre este asunto, es que permite salir de una historia de las ideas lineal que simplemente registra una apología más que hizo Caro de las ideas católicas españolas a las que se adscribe.[33] Las cartas muestran paso a paso la recepción de la *Historia de los Heterodoxos* de Menéndez Pelayo por Caro, en las que además de los elogios aparecen las críticas con las que Caro señala sus desacuerdos y las deficiencias que percibe en la argumentación de la obra, lo que permite determinar mejor —gracias a este intercambio material de libros y del diálogo epistolar— sus singularidades intelectuales más

[33] Para una visión más amplia de la historia de las ideas que parece haberse olvidado a cambio de la historia cultural (e intelectual) en boga y que tiene al mismo Menéndez Pelayo por creador, ver Pedro Aullón de Haro, "La recepción de la obra de Menéndez Pelayo y la creación de la Historia de las ideas", *Analecta malacitana: Revista de la Sección de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras* 37, no. 1-2 (2014): 7-37.

allá de encasillarlo dentro de una doctrina interpretativa invariable o absolutamente inmóvil. De ahí que sea posible encontrar confidencias eruditas privadas que en los artículos de *El Conservador* no se registran públicamente por no mostrar debilidad o inconsistencia ante su adversario liberal (*El Diario de Cundinamarca*).[34]

Por otra parte, debido a los epistolarios ha de subrayarse la importancia nuclear de Ezequiel Uricoechea (a quien debería dedicársele un estudio bien documentado) como el primer promotor que, desde Europa, irradia nuevos e inéditos conocimientos a los jóvenes Caro y Cuervo (pues era diez años mayor) para conseguir una formación intelectual más acorde con los avances y discusiones científicas de su época. Podemos decir que, a nivel epistolar, Uricoechea es el que rompe con el aislamiento de la comunidad intelectual de los dos filólogos bogotanos seguidores de Andrés Bello, es el equivalente de José María Vergara y Vergara para reanimar el contacto directo con la intelectualidad española, sólo que, a un nivel transpirenaico, pues Uricoechea —como consta en las cartas— es quien les informa e instruye de los avances en la cultura académica francesa y, especialmente, para Cuervo sobre la alemana. Este último personaje es crucial, ya que sirvió de puente para Caro, en tanto le transmitió buena parte de lo que antes había socializado con el legendario americanista bogotano (Uricoechea), primer catedrático colombiano en una universidad europea (la de Bruselas en la que enseñó la lengua árabe).

La importancia de Uricoechea se confirma por la puesta al tanto, en carta de 1872, que hace con Cuervo (y éste con Caro) de las obras del fundador de la romanística como rama de la lingüística histórica moderna, del alemán Friedrich Diez con su *Diccionario etimológico de las lenguas romances* (1854) y su *Gramática de las lenguas romances,* 3 vol. (1836-1843) ambas publicadas en lengua alemana (que dominaba Uricoechea por sus estudios en Gotinga) y sólo traducida la última, en aquella época al francés, por los lingüistas corresponsales de Cuervo (quien también leía en alemán), A. Morel Fatio y su maestro Gastón

[34] Estos artículos de prensa de Caro en defensa de las obras de Menéndez Pelayo están compilados en Miguel Antonio Caro, *Ideario hispánico*, ed. Antonio Curcio Altamar (Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1952), 145-199; las cartas sobre la gradual recepción de la *Historia de los Heterodoxos* en *Menéndez y Pelayo en Colombia. 1856-1956*, 82-100. Hay que decir que las cartas aportan una más detallada "cronología interna" sobre la vida y obra de Caro, pues se ve sensiblemente precisada gracias a que después de 1886 y especialmente a inicios de 1890 existe una exponencial disminución de las cartas de Caro con todos los corresponsales antes citados, lo que sin duda marca nuevas inquietudes y una etapa diferente —de nuevo mucho más política— de su actividad intelectual.

París entre 1874 y 1876. La edición francesa (1874-76) es la que cita y usa Caro, pues las cartas parecen indicar que el traductor de Virgilio se nutría especialmente del latín, del inglés, del italiano y del francés y no directamente del alemán.[35] Sobre la importancia de la obra de F. Diez en la historia de la filología romance como disciplina científica.[36]

Ahora bien, los epistolarios nos permiten identificar las obras insignia más intercambiadas que quedan registradas en las cartas como una forma de autopromoción de las mejores producciones colombianas con los corresponsales extranjeros. Dichas obras, en lo que se refiere a las que tienen un valor filológico y que identifican en la "Republica mundial de las letras" (expresión que el mismo Caro utiliza ante Menéndez Pelayo) a sus autores, son las siguientes: 1. el conjunto de las traducciones de Virgilio de Caro (1873-1876) y 2. *Las Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* de Cuervo (1872-1876), ambas ediciones impresas en Bogotá. Dos obras que son las de mayor circulación según figura en los epistolarios consultados, pues son constantemente intercambiadas, vendidas o incluso regaladas, al tiempo que las mejor recibidas, reseñadas y comentadas.[37] En lo que se refiere a periódicos, claramente es *El Repertorio Colombiano* (fundado en 1878 por Carlos Martínez Silva y que sirvió, según Caro, de órgano semioficial de la Academia Colombiana) la publicación periódica más difundida fuera del país gracias a los contactos epistolares que tienen, al menos, como nodo a Caro.[38] Lo demás son recopilaciones de poetas colombianos (incluyendo las poesías de su padre J. E. Caro, editadas aparte por su hijo en la imprenta de *El Tradicionista*) junto con las reimpresiones y ediciones que hicieron Caro y Cuervo sobre las obras de Andrés Bello en Bogotá.

No debe olvidarse, por su valor singular, la nueva edición e impresión bogotana de la *Historia General de las Conquistas del Nuevo Mundo*

[35] Sobre las cartas de Uricoechea comentando la obra alemana de F. Diez y sobre su cátedra de árabe en Bruselas, Romero, ed., *Epistolario de E. Uricoechea con R. J. Cuervo y M. A. Caro*, 58-59 y 280-287.

[36] Carlo Tagliavini, *Orígenes de las lenguas neolatinas. Introducción a la filología romance* (México: Fondo de Cultura Económica, 1993), 55-66.

[37] Especialmente en los epistolarios de Caro y Cuervo con Menéndez Pelayo (español), García Icazbalceta y Rafael Ángel de la Peña (mexicanos) y Juan María Gutiérrez (argentino).

[38] Sobre las publicaciones oficiales de las academias correspondientes a la Real Academia Española se puede consultar el *Anuario de la Academia Colombiana de la Lengua, 1874-1910*, tomo I (Bogotá: Imprenta Nacional, 1935), 33-50 y 173-190, páginas en las que se encuentran los ensayos de Caro y Cuervo respectivamente; *Memorias de la Academia Mexicana*, tomo I (México: Imprenta de Francisco Diaz de León, 1876), 21-89 y 351-371, texto en el que se encuentran los trabajos de Rafael Ángel de la Peña y Joaquín García Icazbalceta.

por Lucas Fernández Piedrahita (la última edición era de Amberes del siglo XVII) que hizo y prologó Caro en 1881, trabajo que le dio acceso a su condición de académico correspondiente de la Real Academia de la Historia de España y cuyo prólogo ensayo —sobre el proceso de la Conquista española de América— se publicó aparte en su Boletín.[39] Precisamente, en este texto de 1881, cuando Caro fue bibliotecario nacional, dentro del primer gobierno liberal de Rafael Núñez —afín al conservatismo— caracterizado por establecer relaciones diplomáticas con España y restablecerlas con el Vaticano, pintaba Caro la Independencia de Nueva Granada —siguiendo a Andrés Bello— como una guerra civil entre dos Iberias (la vieja y la joven), al tiempo que concebía la Conquista como el elemento más importante que había permitido que las nuevas naciones hicieran parte de la civilización europea vía la española.[40]

Finalmente, mediante los epistolarios, podemos afirmar que es posible indagar qué tipo de obras se editan y se reimprimen, permitiendo correlacionar este hecho con la coyuntura social y política en que tales ediciones o reimpresiones se producen. La invitación consiste en correlacionar ordenadamente las cartas de los epistolarios con las nuevas ediciones, reimpresiones y los estudios críticos no sólo de Caro sino también de sus corresponsales hispanoamericanos (teniendo presente los seis puntos expuestos) y así intentar renovar la comprensión de las tensiones que produjeron un importante capítulo de la historia de la crítica literaria de nuestro continente.

[39] En ese mismo texto Caro escribió sobre la necesidad de profesionalizar la crítica literaria e histórica: "entre los medios de avigorar el espíritu nacional, no sería el menos adecuado proteger y fomentar el estudio de nuestra historia patria, empalmando la colonial con la de nuestra vida independiente, dado que un pueblo que no sabe ni estima su historia, falto queda de raíces que le sustenten, y lo que es peor, no tiene conciencia de sus destinos como nación. ¿Qué han hecho nuestros gobiernos para fomentar los estudios históricos? ¿Hase fundado y dotado alguna Academia de la Historia? ¿De las recientes cuantiosas erogaciones que en algunas repúblicas se hacen para sostener la instrucción popular ha salido alguna pequeña suma para pensionar a algún erudito historiógrafo, o para sacar a luz algunos manuscritos, como la parte inédita de la crónica de Simón, que se conserva en nuestra Biblioteca pública? Pongamos aquí puntos suspensivos, en la esperanza de que el tiempo dará menos melancólica respuesta a las preguntas precedentes", Miguel Antonio Caro, *Idearío hispánico*, 76. Publicado originalmente como introducción a la nueva edición bogotana de Lucas Fernández de Piedrahita, *Historia general de la conquista del Nuevo Reino de Granada* (Bogotá: Imprenta de Medardo Rivas, 1881), III-XIII.

[40] Miguel Antonio Caro, *Idearío hispánico*, 75.

Bibliografía

Epistolarios

Romero, Mario Germán, ed. *Epistolario de Rufino José Cuervo con Miguel Antonio Caro*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1978.

Romero, Mario Germán, ed. *Epistolario de Ezequiel Uricoechea con Rufino José Cuervo y Miguel Antonio Caro*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1976.

Romero, Mario Germán, ed. *Epistolario de Miguel Antonio Caro, Rufino José Cuervo y otros colombianos con Joaquín García Icazbalceta*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1980.

Guitarte, Guillermo L., ed. "Cartas desconocidas de Miguel Antonio Caro, Juan María Gutiérrez y Ezequiel Uricoechea". *Thesaurus* xvii, no. 2 (1962): 237-312.

Menéndez y Pelayo en Colombia. 1856-1956. Bogotá: Editorial Kelly, 1957.

Anuario de la Academia Colombiana de la Lengua, 1874-1910, tomo i, vol. I. Bogotá: Imprenta Nacional, 1935.

Memorias de la Academia Mexicana, tomo i (1876-1878). México: Academia Mexicana, 1975.

General

Altamirano, Carlos y Myers, Jorge, ed. *Historia de los intelectuales en América Latina. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, vol. i. Buenos Aires: Katz, 2008.

Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica, 2005.

Aullón de Haro, Pedro. "La recepción de la obra de Menéndez Pelayo y la creación de la Historia de las ideas". *Analecta malacitana: Revista de la Sección de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras* 37, no. 1-2 (2014): 7-37.

Cacua Prada, Antonio. *Historia de la educación en Colombia*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 1997.

Caro, Miguel Antonio. *Escritos políticos*, segunda serie. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1990.

Caro, Miguel Antonio. *Ideario hispánico*, ed. Antonio Curcio Altamar. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1952.

Catálogo de la Librería Americana. Bogotá: Imprenta de 'La Luz', 1889.

Cuervo, Rufino José. *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*. Bogotá: Imprenta de Echeverría Hermanos, 1873.

CHARTIER, Roger. *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid: Alianza, 1993.

CHARTIER, Roger y Cavallo, Guglielmo. *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid: Taurus, 2011.

DEAS, Malcolm. *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1993.

FERNÁNDEZ de Piedrahita, Lucas. *Historia general de la conquista del Nuevo Reino de Granada*. Bogotá: Imprenta de Medardo Rivas, 1881.

GARCÍA Ortiz, Laureano. "Las viejas librerías de Bogotá". *Boletín de la Academia Colombiana* 2, no. 7/8 (1937): 121-144.

JARAMILLO Uribe, Jaime. *La personalidad histórica de Colombia y otros ensayos*. Bogotá: El Áncora Editores, 1994.

JIMÉNEZ Ángel, Andrés. *Correspondencia y formación de redes intelectuales. Los epistolarios de Rufino José Cuervo, 1865-1882*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 2013.

MEJÍA Macía, Sergio. "La noción de historicismo americano y el estudio de las culturas escritas americanas". *Historia Crítica* 1, no. 39E (2009): 247-260. https://doi.org/10.7440/histcrit39E.2009.12

PALACIOS, Marco. *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875-1994*. Bogotá: Norma, 2003.

PINEDA Buitrago, Sebastián. *La crítica literaria hispanoamericana (Una introducción histórica)*. Madrid: Instituto Juan Andrés de Comparatística y Globalización, 2022.

SALDARRIAGA Vélez, Óscar. "Miguel Antonio Caro, la modernidad del tradicionalismo (Episteme y epistemología en Colombia, siglo XIX)". En *Algunas facetas del pensamiento de Miguel Antonio Caro*. 1-49. Bogotá: Editorial Javeriana, 2008.

SEPÚLVEDA, Isidro. *El sueño de la Madre Patria. hispanoamericanismo y nacionalismo*. Madrid: Marcial Pons, 2005.

TAGLIAVINI, Carlo. *Orígenes de las lenguas neolatinas. Introducción a la filología romance*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993.